

**CONTESTACIÓN DE LA ACADÉMICA
DOÑA MARÍA ELENA GONZÁLEZ DELUCA**

Dra. Inés Quintero, directora de la ANH
Miembros de la Junta Directiva
Colegas y amigos numerarios
Amigos todos de la nueva académica y de la ANH,
Dra. Catalina Banko.

Tengo la grata tarea de dar la bienvenida a la Academia Nacional de la Historia a una nueva académica y a una querida amiga, Catalina Banko. Historiadora, investigadora disciplinada, rigurosa y entusiasta en temas que abarcan las ideas políticas, los procesos sociales, la biografía, y la historia económica, de la que es una muestra su discurso sobre la agroindustria de la caña, tema del que se ocupa, desde hace más de una década. Profesora con un muy activo desempeño docente en varias universidades venezolanas y extranjeras, doctora, autora de una gran cantidad de títulos, que son la prueba de uno de los rasgos de la personalidad de Catalina: su gran capacidad de trabajo, su entrega a su vocación de hacer. De hacer investigaciones, de hacer artículos y libros y de hacer amistades. Que esa es otra de las virtudes de Catalina Banko, su natural y sincera disposición hacia la gente, su actitud tolerante, cercana, sus chispas de humor entre suave y mordaz, que desaparecen cuando asoma su lado más severo, Catalina contrariada, protestando con gesto adusto. Prueba también de que la sonrisa amable, que siempre le vemos, no es mera cortesía social, no está siempre allí, es auténtica, no condescendencia cómoda.

Catalina Banko nos ha llevado al mundo de la caña. Poco acostumbrados a pensar en ella, ni siquiera cuando saboreamos el azúcar, o mejor cuando lo extrañamos, en estos tiempos de anaqueles vacíos, o pensamos que, después de todo, es mejor no comerla porque nos hace daño, “las uvas están verdes”, como en la fábula, después de escuchar el discurso de Catalina Banko. empezamos a pensar en el azúcar desde otra perspectiva. Nos ha puesto a pensar en la caña, desde varios ángulos, como materia de la historia económica, como historia de vidas, como homenaje al trabajo. Como toda buena mirada a la historia económica, nos ha puesto a pensar en la historia del país.

Es bueno recordar de dónde viene el azúcar, o el papelón, es bueno recordar que su origen está en la caña, que la caña es un cultivo y que el cultivo de la tierra no sólo es uno de los trabajos más nobles y más antiguos, es una actividad que casi forma parte de la identidad humana porque la agricultura ancla a la tierra, crea arraigos, sentido de pertenencia, crea identidades.

Pensemos en esto cuando analizamos el tema de la nación venezolana y cuando repetimos que la nación -circunscribiendo esa idea al ámbito político y comunicacional-,

comienza en el siglo XX, en la Venezuela de 1936, entonces país agrícola, de mayorías campesinas. Ese agricultor, ese campesino, tal vez no conociera, entonces, el himno nacional, ni la forma del mapa de Venezuela, ni tendría muy claro esto de la independencia, aunque sí conocería a Bolívar, y es seguro también que Guanarito, o Pariaguán, o Quíbor, o Chaguaramal, o cualquier otro lugar donde hubiera nacido o donde hubiera arraigado, tuvieran más significado que Caracas o Venezuela, que finalmente es una idea, más que un pedazo de tierra. Pero ese campesino, sabría que Venezuela es su patria, que no es sinónimo de nación, pero no hay nación sin patria.

El agricultor es el que se levanta con el día, el que ve amanecer, el que mira al cielo y sabe si es el de mayo, o el de julio o el de diciembre o el de febrero; y lo conoce tanto como la tierra, reconoce el color de las nubes que traen poca agua y cuales simplemente amenazan y se van, y las que traen demasiada, que eso si preocupa porque, como todos sabemos, a la caña no le gusta el exceso de agua porque “agua” el producto. A la caña le gusta el agua, como no. Pero en su justa medida.

Leyendo el discurso de Catalina Banko, en su versión original, más extensa que esta que todos acabamos de escuchar, pienso que la historia de la producción de caña puede entenderse, para robarle la idea a Fernando Ortíz, el historiador y antropólogo cubano, como un contrapunteo entre el trapiche y el central, entre la tradición y lo moderno, y si nos ponemos un poquito imaginativos entre los tiempos del trapiche y las demandas de nuestro tiempo. Esa tensión entre formas o posturas divergentes es la materia esencial de la historia con mayúsculas. La Historia es siempre un enfrentamiento entre tensiones opuestas, que a veces se acercan y otras se alejan a extremos peligrosos.

En el caso concreto que nos presenta Catalina Banko, esa tensión representa la metáfora de una confrontación histórica entre fuerzas que quieren seguir en el pasado y otras que nos quieren mover al mundo moderno, o más bien a fragmentos de ese mundo que no siempre conviven bien con lo que los rodea.

Explica la Dra. Banko, que la caña se cultivaba en Venezuela en la “hacienda trapiche”, con trabajo esclavo, antes de la abolición en 1854. También empleaba peones, porque los esclavos eran costosos, sobre todo por la persecución del comercio de esclavos. La hacienda-trapiche producía para el mercado local, no exportaba, y era bastante rudimentaria en cuanto a sus instalaciones y equipos. Esto en comparación con la plantación que producía para la exportación y, por lo tanto, tenía instalaciones más exigentes en cuanto al capital invertido actualización de la tecnología y organización.

En Venezuela, predominaba la forma de producción tradicional, pero después de la independencia se intentó “modernizar” la producción. Tres haciendas de caña del litoral central adoptaron el modelo de la plantación, a fin de producir para la exportación, con criterios de eficiencia y abundante mano de obra esclava. Dato, este último que nos indica los límites de la modernidad en la plantación.

Lo mismo ocurría en Estados Unidos con la plantación de algodón, esclavista, que fue muy “exitosa” económicamente; de hecho el país, no sólo el sur, vivía de esa producción exportada, hasta que la Guerra Civil acabó con ella; y en Cuba la plantación de

azúcar enriqueció a la sacarocracia cubana y le dio esplendor a la “perla del Caribe”. En los dos casos, tuvieron en su momento de auge económico, el mayor número de esclavos de toda su historia. Otra de esas convivencias insólitas, pero frecuentes en historia, de la modernidad con el atraso. En Venezuela, la esclavitud entró en decadencia con la independencia y cuando fue abolida, esas tres haciendas entraron en crisis, porque no se renovaron tecnológicamente y las afectó la escasez de mano de obra.

Otro intento, este si claramente modernizador, del que nos da cuenta la Dra. Banko es el que trató de dar impulso a un proyecto de agroindustria con la instalación de ingenios centrales, a fines del siglo XIX. Este sistema prometía grandes beneficios al modernizar y aumentar la producción de azúcar para la exportación y promover la expansión del cultivo. El proyecto no prosperó, porque muchos agricultores temían que al aumentar la producción bajarán los precios y se arruinarán las haciendas. ¿Suena familiar? Mantener la producción baja para que los precios suban.

En el siglo XX, comenzó, después de Gómez, la lenta modernización de la producción de caña y de azúcar. A mediados de siglo, llegó el *Primer Plan Nacional Azucarero* y después de un ciclo de gran expansión de la producción, de otro más corto de exportación de azúcar, y de la modernización de la industria, cuando con el primer boom de los precios petroleros parecía que habíamos tomado el tren hacia el mundo de las economías exitosas, la siguiente parada fue: 1978, fin de la fiesta de los precios petroleros.

No era realmente un fin de ciclo, el precio bajó un poco, pero volvió a subir. En el 81, ahí si volvió a bajar bastante, aunque nunca volvió a estar por debajo del nivel que alcanzó en el primer boom petrolero. La fiesta entonces terminó porque nos agarró a medio vestir. Hoy en cambio nos agarró desnudos y sin bañarnos. ¿Qué pasó con la agroindustria del azúcar? Le pasó más o menos lo mismo. Entró en crisis. En parte porque se pegó demasiado del Estado. Y no, como ahora, contra su voluntad. Después de 1978, la producción bajó al nivel de los sesenta. En los ochenta se recuperó por un milagro, el “milagro agrícola”, que fue, nos dice la Dra. Banko, uno de esos milagros de corto plazo, que conocemos, con subsidios y protección.

Desde 1985, la producción comenzó a subir hasta llegar en 2006, nos dice nuestra nueva académica, a un “máximo histórico”, pero sin cubrir el consumo interno. Después de esa fecha, la industria se viene abajo, con una caída del 60% de la producción. Un dato del discurso que acabamos de escuchar nos explica esto, 10 de los 16 centrales operativos son del Estado y producen 15.5% del total. Los 6 privados producen el 84.5%. El Estado, cuando pasa la raya amarilla llega como un tsunami a la raya roja. Pero ¿por qué lo dejamos pasar? Es lo que todos nos preguntamos. Para seguir pensando.